**Caínes**

No resulta agradable perturbar la serena paz de los amigos y siento cierta envidia al observar, perplejo, la ingenuidad con la que mucha gente pasa la vida, orientadas sus orejeras a la célebre frase: «¡Aquí no pasa nada…!».

Pero la existencia resulta cruel, hondura de oscuros con algunos azules filtrados por entre los altos picachos. Fuera de nuestra privilegiada cápsula, mucho más resaltan estos valles lacrimosos cuando obtenemos infinidad de panoramas desoladores esparcidos aquí y allá. Nada resulta como deseamos y ninguna criatura alcanza la anhelada felicidad porque las insaciables aspiraciones humanas viven incrustadas en nuestra simpar genética.

Me duelen los escenarios violentos donde malviven sociedades secuestradas por el riesgo del asesinato, impuesto por unos fanáticos que tiemblan de miedo ante la libertad. Su misticismo,apoyado en ancestrales tiempos, añorantes algunoscolectivos de un socialismo leninista no les importaría un genocidio a su medida; como don Adolfo, el alemán, hizo el suyo; o el del padrecito Stalin, todavía venerado por un resto abortivo de tarados mentales bolcheviques. Que se atrevan sus fieles a leer ‘Archipiélago Gulag’… Porque los abyectos planes son proyectos elaborados para anular las funciones intelectuales y liberar las capas afectivas más profundas.

Aún suenan los truenos de las bombas que destrozaron Europa en dos grandes guerras con millones de muertos, y aún siguen vivas en nuestra España dos ideologías antagónicas. Hoy, en un país hermano como es Venezuela, delante de una niña de cinco años asesinaron a sus padres para robarles: uno más de los 25000 muertos anuales que padece tan querida nación por semejante motivo.

Aceptomi enfermedad del pesimismo, nacida por el progresivo conocimiento de la realidad. Considero indispensable analizar los hechosy documentarme con objetivos informes para actuar, llegado el caso. Mucho más necesaria resulta para un gobierno ponderar la fría realidad y más para los responsables de las estrategiascontra el terrorismo, plaga extendida por un mundo que en buena parte perdió sus referencias morales o las derivó a su medida,formando masas de creyentes dogmáticos cuya exclusiva verdad tiene que imponerse por cualquier método.

Bien sé que los agoreros y apocalípticos caemos mal, frente a otros seres impregnados de bonhomía que, muy ufanos,aseguran los contagios anímicos. Pero a cada uno nos dieron ―sin pedirla―una escala distinta para alcanzar un más allá. Algunos la subirán con su instrumento musical y otros la escalamos con un pañuelo mojado de lágrimas, como aquellos profetas que no conseguían que sus vecinos los escuchasen, tan atareados con aquello de: «A beber, a beber y apurar las copas de champán…». Por supuesto que no todo para los sombríos son vías claveteadas sino que,calzados con las suelas del humor, caminamos hacia panoramas esperanzadores para obtener respuestas a los muchos interrogantes.

Aunque el verdadero existir implica reconciliarse con la imperfección, es profiláctico reconocer que detrás de nuestros comportamientos sociales siempre yace el salvaje feroz, competidor con el animal más sanguinario: el que mata y no come.

Al fin, nuestra supervivencia resultó del universal amor maternal, deslizado por los milenios en que el hombre pisa este vulgar planeta. Desde estas líneas un cariñoso recuerdo a la pionera Eva que, sin querer o fijando su mirada en la sangre derramada de Abel decidió tener más hijos, aceptando el riesgo de la llegada de nuevos caínes.